

manach, y en la *Fuente de San Gonyery*, en Plougrescant, a las bellas y puras jóvenes de la Bretaña prender sus alfileres en la nariz del santo para tener, al año justo, un buen marido. Ni menos verán, porque ya no existe, en el valle de Tromeur, regado por una antigua fuente sagrada, que el cristianismo purificó y dedicó a la Virgen, la misteriosa capilla del patrón de la Bretaña, *Saint Yves de la Verité*, donde antes, implorando al santo, se hacía morir a los enemigos. Ni podrán ya mirar el seminario eclesiástico de Tréguier, donde estudió el autor de los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, porque de él no existen ni

las ruinas; ni contemplarán, tal vez, las decrepitas torres de la catedral del Valle de Tregor, en torno de las cuales sigue revoloteando, en forma de gaviota blanca, el alma de su inmortal cantor, ni oirán en el claustro, maravilla de encaje de piedra, hoy agrietado y abandonado, en el silencio de las noches de luna, los pasos y el murmullo estudiantil de su hijo más ilustre, del que lo inmortalizó y quiso ser enterrado allí con estas solas palabras:

Veritatem dilexit.

CORNELIO HISPANO

Telus

A GABRIELA MISTRAL y a JOSÉ VASCONCELOS,
Guías espirituales de nuestra América.

El sendero

NUESTRO saber, es como la sombra de una nube que el viento arrebató:

Que si alzamos los ojos, ya no hay nube;
Y si los bajamos, ya no hay sombra.

• •

Ojos limpios requiere la Verdad.

Y puesto que la mente anda enlazada con el alma y el cuerpo en unión íntima y perenne, si el alma y el cuerpo van recargados de impurezas, la visión mental resultará escasa, turbia y vacilante.

Según la pureza de tus ojos, así verás.

• •

¿Enalteció tu entendimiento y purificó tu corazón?

Entonces, ERA VERDAD.

Telus

I

Así como nuestro cuerpo se halla siempre en contacto con la *Materia*, de la cual se alimenta y renueva, así nuestra alma se halla siempre en contacto con la *Animia*, de la cual se sustenta y anima, y así también nuestra mente se halla siempre en contacto con el *Lumen*, del cual se renueva y se alumbra.

Recordemos que la *Materia es el cuerpo* de Telus; la *Animia, su alma*; el *Lumen, su mente*.

De tal guisa, el cuerpo del hombre es una partícula concentrada del cuerpo del Planeta; su alma, una concentración del alma del mismo, y su mente, una concentración de la vasta mente planetaria.

Así, venimos a ser en nuestro Mundo, como las Células son en nuestro cuerpo, que tienen dos vidas: una de ellas, *extraída de Nosotros*, individual, personal; la otra, *en Nosotros*, colectiva, total. Yo, no siento la vida *personal* de mis células, no tengo conciencia de esa vida; Ellas, no sienten,

no tienen conciencia de su vida *colectiva*, que está en *Mi*. Así, Telus, no tiene conciencia de nuestra vida *personal*, que radica conscientemente en nosotros; como nosotros, no tenemos conciencia de nuestra vida *telúrica*, que está en *Ella*. Sin embargo, de la suma de las vidas personales de mis células, se forma *mi* vida personal; como de la suma de nuestras vidas personales, (de los animales, de las plantas y de las piedras) se forma la vida personal de Telus.

¡Hondo, inexcrutable misterio!

Literalmente, y salvo nuestro Yo, que viene de más alto, somos una concentración de las atmósferas de Telus: vida *material*, *emocional* y *mental*, son de *Ella*, extraídas de *Ella*; de su cuerpo, de su alma y de su mente. Appetitos, instintos, sensaciones, emociones y pensamientos, de *Ella* son, y en *Ella* quedan; así como todo en el pez, aletas, escamas, espinas, sangre, humores, todo, al disolverse, queda en el Océano, pues del Océano venía. Verdaderamente, el pez es el hijo del Mar, como el árbol es el hijo del Suelo. Y nosotros, ¡con cuánta más razón nos llamaremos hijos de Telus, que nos da las sustancias para nuestras tres existencias, del Cuerpo, del Alma y de la Mente!...

II

El orgullo, acaso más que la ignorancia, nos ha llevado hasta creer y enseñar que la *Tierra es una pelota de barro*. Nosotros, los árboles, los insectos, las piedras, una lombriz, hasta los seres más ínfimos; hasta aquellos tristes e inmundos cuya función única es comer y evacuar, hasta las uncinarias que viven y se glorían en los excrementos, *todos son*, en el concepto de los sabios, seres vivientes, con voluntad y pensamiento. Todos, menos la Tierra!... ¡Los sabios!... ¡la ciencia!...

En todo hallan los sabios inteligencia, voluntad, sensibilidad. Pero en la Tierra, no. La Tierra es una pelota. A lo sumo, una

cosa orgánica, que *parece* animada, que *parece* sensible, que *parece* consciente. Que parece, no más.

Hasta un hombre como Reclus, que amaba a la Tierra, y que vió en ella tantas cosas, no vió la más sencilla de todas, y la más admirable y grande puesto que es la razón de todas las demás: no vió que *la Tierra es un Yo*, un espíritu, con mente, alma y cuerpo, como nosotros; con poder creador, con voluntad y anhelos, como nosotros; con funciones corporales, unas voluntarias y conscientes, otras inconscientes e involuntarias, *lo mismo que nosotros*.

Según la teoría científica, la Tierra es inerte, inanimada, ciega; una gran pelota, amasada con toda clase de materiales, que va dando tumbos en el espacio, retenida por la atracción solar, a imagen de una piedra que voltea en la honda, retenida por la mano del hondero. Y hasta cree la ciencia, que esa pelota se halla expuesta a despedazarse cualquier día, en un encontrón con otras pelotas que andan sueltas por el espacio, dando tumbos y voltejeando, a impulsos de honderos no muy hábiles.

Lo raro es que esa bola, que, según la ciencia, no piensa, ni siente, ni quiere, ni sabe, ni imagina, produce, sin embargo, en eclosión perenne, millaradas de seres que saben, piensan, quieren, sienten e imaginan! De esta pelota, ciega e insensible, brotan las flores y los pájaros, las espigas que nos hacen vivir, y las otras innumerables criaturas que nos deslumbran con su inteligencia, su fuerza y su belleza!...

Tal pensarán, sin duda, la uncinaria que infesta mis intestinos, y el hematozoario que corrompe mi sangre: que yo soy un cilindro de arcilla y de viscosidades, donde *Ellos* comprenden y crean, sienten y razonan, mientras que yo, movido por fuerzas incontrastables y ciegas, sirvo apenas de *medio* a su voluntad y a su inteligencia. Y el horripilante gusano que vive subyacente en el cuello grácil de la ardilla, se ha de maravillar cuando ésta salta de rama en rama, como si fuera un pájaro; se ha de sorprender de que *su medio*, su trozo de arcilla y de humores, se armonice tan acabadamente con los dones que *El*, el Gusano, tiene de ser tan veloz, tan gracioso y tan ágil...

Esta ilusión, esta miopía, ha de ser la misma en todos los seres terrestres: el parásito,—¿no somos todos parásitos?—ha de creer, cegado por el orgullo, que *El* es quien piensa, siente y quiere, y que el sér superior, *en quien vive, de quien vive, por quien vive*, y a quien no comprende, (*por eso, porque es superior!*) es simplemente *un medio*, un mecanismo propicio y adecuado a su existencia y a su actividad.

Así piensa el musgo, de la encina; así piensa el pulgón, del limonero; así piensa la garrapata, del buey. Así piensa la ostra, del Océano, y así pensamos nosotros, de la Tierra.

Probablemente, así pensará Telus del Sol, y el Sol, del astro inmenso e inefable (allá en la inaccesible constelación de Hércules) bue le sirve de centro, de sostén y de guía...

Cada uno de ellos habrá formado, sin duda, una buena teoría *científica* sobre su *medio*, sobre su pelota.

Porque eso es lo propio y fatal de la personalización: *cegar*. Cuanto más se aparte y aleje uno del Todo; cuanto más se personalice y se *egotice*, más ciego devendrá. Ved, si no, como los rayos caloríficos de la hoguera, alejándose, tórnense menos cálidos; luego tibios, luego fríos, frígidos por fin. Ved, si no, cómo los rayos luminosos, tanto como se alejan del foco, van decreciendo en esplendor, hasta ser mortecinos, nebulosos, opacos, y finalmente oscuros...

III

¿Qué queréis saber de la Tierra?

¿Las mareas, que son su respiración?

¿Las erupciones, que le sirven para rehacerse y purificarse?

¿Las corrientes marinas, que llevan, como la sangre en nuestras venas, el calor a sus frías extremidades?

¿El vaivén de las aguas, del Océano a la Atmósfera, de la Atmósfera al Suelo y del Suelo al Océano, que lubrica sus durezas y mantiene su fecundidad?

¿El movimiento rotatorio, que determina y mantiene su masa, y le asegura el goce de los beneficios del Sol?

¿El girar en torno de éste, como la mariposa en torno de la llama, para hallar en su aliento la fuerza y la alegría?

¿Las trombas, los ciclones, los terremotos, los diluvios y los hundimientos, que son todos, funciones de su vasto y complicado organismo?

—Todo viene de acciones mecánicas y de reacciones químicas, responden los científicos; todas son fuerzas fatales y ciegas, que actúan sobre la pelota, ciega y fatal ella también; nada de sensación, ni de voluntad, ni de inteligencia.

—¿La prueba?

—La prueba, responden, es que no *comprendemos*, que no concebimos *cómo puede ser de otro modo*.

Y, precisamente, no comprenden, por eso, *porque es de otro modo*. Porque comprender, implica *ser uno mayor que la cosa comprendida*. Y nosotros no somos mayores que Telus, ni en fuerza, ni en imaginación, ni en constancia y regularidad de movimientos, ni en sumisa obediencia a las leyes universales, ni en riqueza, ni en voluntad, ni en inteligencia, ni en saber.

Si no comprendo a otro hombre, que es mi semejante, casi una reproducción exacta de mí mismo; si no comprendo la mayor parte de los fenómenos que se operan *en mi propio ser*, ¿cómo voy a comprender a la Tierra, tan amplia, tan varia, tan silenciosa y reconcentrada en su trabajo, y de la cual no sé, a conciencia, sino que me lleva pacientemente en su regazo?

No, el musgo no puede comprender a la encina, ni la carcoma al roble, ni el placten al Océano, ni el infante a la madre. Les queda el recurso de negarlos; sólo que, siendo ellos menos necios que el hombre, sustituyen la comprensión *con la fe*, y así, donde

nosotros encontramos la nada, ellos sienten la plenitud. Por eso la calandria, al solo despertar, salta a una rama donde la inunda el Sol, y le da gracias por la vida de ayer y por la luz de esta mañana. Y sabiendo que la inteligencia y la bondad no son virtudes suyas exclusivas, sino más bien del Padre Sol y de la Madre Tierra, confiada y placentera se entrega al trabajo y al canto.

Mientras, los *sabios*, con sus feos anteojos y sus calvas odiosas, se levantan a proclamar que todo es ciego y sordo, *menos ellos*; que la ley es la lucha, y que es científico que unos hombres perezcan de necesidad y otros de hartura. A lo cual, los pueblos, tan bestias como ellos, responden echándose unos contra otros, a despojarse y devorarse... ¡La ciencia!... ¡Los sabios!...

IV

Tánta ceguera viene de que nosotros tendemos a elevar por encima de todo, lo que llamamos *inteligencia*, y queremos hacer de ella la norma y la piedra de toque del Universo. Nos imaginamos que *entender*, es la función más alta que puede hacer la Mente. Cómo si entender, no fuera una *limitación*. Cómo si conocer fuera posible sino tras de un laborioso y enojoso pensar. Cómo si *ver*, no fuera mejor que tocar; y *sentir*, que ver; y *entender*, que sentir; e *intuir*, que entender; y *crear*, que intuir; y *ser*, que creer...

Como si lo que llamamos alcanzar una verdad, fuera otra cosa que esclarecerse a nuestros ojos, una de las cien mil facetas del diamante que se llama VERDAD...

Aquello que amplía mi mente y a la vez enaltece mi corazón. eso es *la verdad*. Por cualquier vía que me llegue: sensación, sentimiento, raciocinio, sueño o ensueño, revelación, creencia o intuición, eso es la *verdad*. Como la luz será la luz, de cualquier lado que viniere, si esclarece y alumbrá las cosas.

¿Veo la vida más clara, más justa, más amplia, más en armonía con el Todo? ¿Y siento que esa visión me hace más bueno, más generoso y desprendido, más compasivo y amante de todas las criaturas, más dispuesto a dar y a servir? Entonces tal visión de la verdad es *mi verdad*, y lo será en tanto que no se me revele una visión más amplia, que aumente en mí la luz y el amor.

Así es que esas Biologías, esas Economías, esas Filosofías, esos Darwinismos y Positivismos, todos esos *ías* e *ismos*, que oscurecen la vida, que derraman egoísmo y dureza sobre el corazón, que le vuelven a uno más triste y más cruel, son mentiras, locuras, quimeras, desvarios del orgullo; que se imponen a nuestro entendimiento como si fueran verdades, porque es propio del flaco entendimiento del hombre, *el ver, por algún tiempo*, rebosantes de claridad y de verdad, cosas que luego advierte colmadas de absurdo y de mentira.

Por eso, siendo prudentes, hemos de pesar y medir con el corazón y la mente, aquello que se nos ofrezca como verdad, y exigir de ésta, que nos traiga lo que necesariamente ha de traernos, si es verdad: *más luz y más amor*.

**Con la Crema Dental
Waite's Anti-py-o**

se curará usted la PIORREA
ALVEOLAR, se
le purificará el
aliento y conser-
vará su denta-
dura blanca. De
venta en todas
las BOTICAS y
DROGUERIAS.

DR. M. FISCHEL
DISTRIBUIDOR
Apt. 434 - Tel. 683



Waite's ANTI-PY O
DENTAL
CREAM

¡Ojo! por cada seis cajetillas de cartón se regalará un buen cepillo de dientes en la oficina del Dr. Fischel

* *

A considerarlo bien, la *Conciencia Mental* o inteligencia, no es sino una de las modalidades que va el espíritu alcanzando en el camino de su eclosión ascendente: una de ellas, no la única; una muy alta, no la más alta.

Del tacto, *en forma de gustación*, que es la forma inferior de consciencia en el hombre,—la manera de conocer va dilatándose, sutilizándose, espiritualizándose. Primero, conocemos las cosas, gustándolas. Luego, con una mayor extensión de nuestro cuerpo, y descubriendo en ellas una porción mayor de cualidades, las *tocamos*: así adquirimos noción de su dureza, temperatura, elasticidad y consistencia; lo cual nos inicia en sus relaciones con el ambiente, y en una elemental previsión de los efectos que podrán causar o sufrir.

Luego, a mayor distancia y ya sin contacto directo, adquirimos consciencia de sus cualidades más sutiles, por medio del *olfato*, que ya nos inicia en el conocimiento de su vida interior, de su *alma*; pues la fragancia es una suerte de bondad que se desborda, así como el hedor es el rebozamiento del mal.

Luego, penetrando más en su corazón, *las oímos*; que es como escuchar sus confidencias, y conjeturas, por su ritmo, la pureza y la fuerza de sus anhelos.

Luego, entrando, en su mente, *las vemos*; que es tener una visión refleja de su idealidad y perfección.

Luego, ahondando en su vida mental, *las comprendemos*, que es conocer el mecanismo de sus fuerzas, la relación entre sus partes, sus causas antecedentes y sus consecuencias posibles; y esto marca el límite de nuestra consciencia experimental y analítica.

Luego, prescindiendo de toda experiencia y corporización, *las concebimos*; que es adquirir consciencia de que *son posibles*, de que existen en alguna parte, de que fueron alguna vez, o de que su realización se está iniciando.

Luego, libertándonos de todo razonamiento, *las intuimos*; que es una suerte de encontrarlas como tocándolas en las tinieblas.

Luego, confiados en el poder ilimitado del Bien, que trae a la existencia las cosas que son necesarias, *las creemos*; que es hacerlas nacer en nosotros, creándolas de nuestra propia sustancia, para que de ahí su existencia se extienda al mundo real.

Y por fin, cuando ya las conocemos de toda suerte, en su forma, en su ideal, en su espíritu, en su necesidad y virtualidad, *las vivimos*, *las somos*; que es identificarnos con ellas, o llegar a su conocimiento máximo. Y cuando esta última etapa de la consciencia se alcanza, ya no hay intelección ni forma ninguna inferior de conocimiento, sino *realización y plenitud*.

No imaginéis que la rosa *piensa* su fragancia, o la *siente*, o la *concibe*, o la *percibe*, sino que la *vive*. Ella no raciocina ni entiende el esparcimiento de su sér, que es el aroma, ni su excelsificación en una de

las virtudes de la Luz, que es el color. Ella *no sabe* de sí misma, lo que nosotros conocemos teórica o empíricamente. Ella posee la fragancia y la sonrosidad. Mejor aún, ella vive fragante y sonrosadamente. Y, mejor todavía, ella *es* fragancia y sonrosada luz.

V

La ceguera, decíamos, de creer que todos los seres mentales y conscientes han de *pensar* y *conocer* a la manera nuestra, es la que dió a los científicos esa concepción de *las pelotas*, que se imaginan ellos ser los astros, y especialmente la Tierra.

Pero en el Universo no existen *las pelotas*: hasta las cosas que lo parecen, no lo son, en verdad; pues en todo sér hay alma, en todos hay mente, en todos hay espíritu. Si el cristal no tuviera *conocimiento*, no podría escoger y organizar los átomos de su propia sustancia; y si no tuviera *voluntad*, hoy se le juntarían unos, y mañana otros de naturaleza distinta. Es *verde* la esmeralda, porque esa es la nota que *ella ama* de la Luz; y el diamante es claro, porque de la claridad vive prendada su *aspiración*. La materia, ella sola, no tiende más que a desagregarse, a homogeneizarse, a convertirse en polvo; y donde quiera que asume una forma, es que está sirviendo de envoltura y de medio de expresión a un espíritu; es decir, *a una consciencia y a una voluntad*.

* *

¿Qué diremos de Telus, espiritualmente considerada? ¿Qué diremos de ella, como inteligencia y consciencia? Nada, sino que es un *ser*, un alto espíritu, un genio, acaso un dios. Pues hay genios y dioses. No solamente los hay, sino que son legión, como todas las criaturas del Cosmos. *Hay muchas moradas en la casa de mi Padre*, decía Jesús. Y pudo añadir para nuestra enseñanza: y las criaturas que las habitan, son innumerables en forma, en inteligencia, en voluntad y en poder.

Los griegos adivinaron esta verdad, y así crearon las gerarquías de sus genios, sus semidioses y sus dioses; entre éstos, los planetas. Los caldeos, con honda penetración de las cosas espirituales, presintieron las gerarquías de Angeles, Arcángeles, Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones, Tronos, Serafines y Querubines: *Angeles*, personificación de las esencias más sutiles y raudas del Cosmos; *Arcángeles*, las más poderosas energías; *Virtudes*, las fuerzas latentes, eficientes, incontrastables, aunque silenciosas y lentas; *Principados, Potestades y Tronos*, categorías de inteligencias creadoras, que forjan, renuevan y gobiernan la Creación; *Serafines*, los espíritus que más se deleitan en la caridad, los que más encendidamente aman a Dios; *Querubines*, inteligencias excelsas, que más que nadie le sirven, en sí y en sus obras, porque más que nadie ven y comprenden.

Todas las mitologías, todas las religiones han creído en los dioses, criaturas superiores al hombre, diversa y amplisimamente

dotadas de conocimiento, de belleza y de poder. Si hay una vastísima escala de seres por debajo del hombre, ¿por qué no había de haberla por encima del hombre? «En la casa de mi Padre hay muchas *moradas*»: astros innumerables, organizados según fuerzas y condiciones variadas hasta lo inimaginable, y en los cuales viven seres adaptados a esas modalidades ambientes: piedras, plantas, animales, hombres y genios, angeles y arcángeles, dioses y semidioses, serafines y querubines, y mil más, en ambos lados de la escala, innominados pero presentidos; entrevistados por la imaginación de todos los pueblos, y cuya existencia sólo puede negar un cienticismo estrecho, sin intuición ni amor.

* *

Telus, nuestra madre, es uno de esos grandes seres, conscientes, que sirven de morada en la casa del Padre; de su especie hay millones en el Universo, y en cada uno de ellos viven enjambres de criaturas inferiores, así como viven en nosotros, en las plantas y en las bestias.

El cuerpo de Telus es la que hemos llamado aquí Esfera Material, compuesta de agua, tierra y aire; su alma, es la Esfera Animica, de la cual es una concentración el alma nuestra y la de todos los seres terrestres; su mente, es el Lumen, la terciaria Esfera, de la cual es una condensación y una imagen la mente humana.

Más allá de esa Esfera terciaria, hay todavía una, *etérica*, condensación de la Sustancia interestelar. Esa *Atmósfera Eetérica* le sirve de medio de comunicación con el Ether Cósmico, que envuelve y sustenta los astros, y mediante ella se influyen en las esferas inferiores las virtudes de aquél.

¿Diremos que en esa última envoltura de Telus palpita su espíritu? ...Tal vez sí...

VI

La Tierra, encadenada al Sol por una fuerza de atracción, no gira en torno de aquél en una órbita regular, ni constante en el mismo plano: primero, porque no siendo la órbita circular sino elíptica, se aparta del Sol mucho más por un extremo que por el otro; segundo, porque yendo el Sol, a su vez, en pos y en torno de otro sol, se desplaza constantemente, instante por instante, y con él se desplaza, siguiéndole, el plano de la órbita de la Tierra; tercero, porque todo cuerpo que se desplaza velozmente, se estremece y palpita, según la densidad y grandor de su núcleo, y eso a Telus le imprime desviaciones que, aunque no rompan la dirección general de su carrera, sí la irregularizan y accidentan. (Acaso la enferman, y son causa de los cataclismos...)

Así, pues, el verdadero camino de Telus es una curva ligeramente ondulada que, por no desarrollarse en el mismo plano, se transforma incesantemente en una espiral. El humo de nuestra chimenea, en una tranquila mañana cuando apenas se siente la brisa, es la imagen de ese camino de la Tierra, que asciende siempre sin repetirse nunca, y se circunscribe en una elíptica que ame-

naza romperse cuando el Planeta llega a su mayor distancia del Sol.

De tal suerte, que nuestro Planeta, que tan constante y firme parece, es, en verdad, como una mariposa revoloteante y palpitante, girando en torno de una llama; a la cual se aproxima tanto a veces, que ya parece que va a precipitarse; y otras se aleja tanto, como si ya se fuera para nunca volver. Arrastrados por el Sol, cambiamos de segundo a segundo nuestra posición en el espacio, aunque, en cierta manera, mantenemos nuestra posición relativa y aparente.

¿Cuántos cambios físicos y suprafísicos no se deberán a este desplazamiento perenne? ¿Cuánto no influirá sobre las Atmósferas de nuestro planeta, ese ambular perpetuo en la extensión misteriosa e inconmensurable del Universo...? Porque, no hallándose éste en ninguna parte vacío ni muerto, sino rebozante de vida y de fuerzas, pleno de la Sustancia Eteréica, siempre viva y activa, acaso en el seno de ésta,—sin duda es así,—se están siempre verificando movimientos de todo género: incubación de nébulas y de nebulosas; desorganización de soles y de constelaciones; generación de ritmos que serán la semilla de nuevas criaturas; última disolución de sistemas, y nacimientos de otros, todavía invisibles... ¿Y cuántos más?... Y al atravesar o acercarse a la región en que se verifique uno de esos fenómenos, ¿cómo creer que no nos alcance su influencia? Pues en el Cosmos, *todo influye en todo, según la energía y la distancia.*

Los más trascendentales fenómenos de nuestra vida terrestre, no llegarán a comprenderse, pero ni a vislumbrarse, mientras no se conozcan y se aquilaten esas influencias todas. Y entre todas, principalmente, *la propia vida íntima consciente de Telus, y la influencia íntima y consciente del Sol...* padre y madre nuestros..

Pues ellos, como nosotros... nó, con más conciencia y voluntad que nosotros, *aspiran a cumplir sus propios fines, y pueden, siendo finitos y falibles, como son, acertar o errar en sus voliciones y pensamientos.* Porque dioses, astros, ángeles y hombres, toda criatura en que aliente el espíritu, siguen al cabo, y a pesar de todas las fatalidades o libertades aparentes, la resultante de *su naturaleza* contrastada por su *aspiración*, creando así, ellos mismos, y por su voluntad, la órbita de su propio destino.

De esa intervención de su conciencia y de su voluntad, nos da una señal constante e inequívoca la Tierra, en su movimiento alrededor del Sol. Si este movimiento fuera *únicamente* el efecto de la atracción solar, y el Planeta obedeciera ciegamente a esa fuerza, como un carro obedece a la fuerza de los bueyes que lo arrastran, entonces, digo, la órbita de la Tierra no podría ser una elíptica, sino por necesidad, un *círculo*: y este movimiento constantemente circular, se explicaría como continuación del que tenía nuestro Globo—como partícula de una nebulosa inmensa—antes de que ésta le

arrojara de sí; o que, por concentración y apartamiento de la masa, la dejara sola, moviéndose como un anillo, que luego se fué transformando en una esfera.

Pero sabemos que nuestro planeta no gira en un círculo, sino en una elíptica; es decir, que en cierto momento, obedeciendo a la atracción del Sol, llega hasta muy cerca de éste. ¿Qué debería suceder en *ese momento*, si la Tierra no influyera *con su propio querer* en la determinación de su carrera? Sucedería, que la atracción del Sol aumentaría los efectos de su fuerza con la aproximación del cuerpo atraído, y entonces éste se aproximaría más y más al foco, hasta caer en él, como los maderos atraídos por el Malstroem; o que el Sol, *evitando él mismo* esa caída (lo cual sería deliberación, consciencia, voluntad), encontraría la manera de atenuar el exceso de su propia fuerza de atracción; y entonces, al llegar a ese punto extremo que es el foco mayor de su elíptica, la Tierra continuaría girando en círculo, ya para siempre equidistante del Sol.

Mas, en vez de suceder así, ocurre que, precisamente cuando ya la Tierra ha sido vencida, dominada, subyugada, por la atracción solar: cuando arrastrándola, desde el punto extremo de su alejamiento, el Sol *la hizo venir hacia él* (como el niño que recoge la cuerda de su papelote); cuando, necesariamente, la Tierra debería quedarse ahí, para siempre, girando en una órbita circular, o precipitarse raudamente en el Sol... *sucede que, en ese momento preciso, la Tierra comienza a retirarse del Sol, como si se hubiera vuelto más fuerte que éste!*

Se aleja, se aleja más cada vez; la atracción solar, vencida, no puede ya ni retraerla, ni siquiera detenerla. Todo hace esperar que, rota la cuerda del papelote, la Tierra, vencedora, libre, siga su camino de emancipación, y se aleje para siempre del Sol perdiéndose en las inmensidades del espacio...

¿Se fué? Nó, no se fué. Cuando ya estaba lejos, bien lejos, *cuando ya nada podía detenerla, inició un movimiento de retorno*, volviendo, poco a poco, en busca de *aquel a quien había dejado*, y cuya tiranía había roto.

¿Por qué volvió? ¿Por qué no se quedó, siquiera, girando en un constante círculo, que tuviera como radio *aquella distancia máxima* que había ya alcanzado? ¿Por qué no continuó alejándose más y más, indefinidamente, vagando en las soledades del Espacio, hasta encontrar un nuevo sol, más poderoso que la atrajera y retuviera? ¿Por qué volvió, cuando ya nada la podía obligar a volver?

Volvió, porque quiso volver.

Porque sabe que necesita del Sol, que le ha dado la vida y la sustenta.

Porque vive en la luz del Sol, en su atmósfera vivificante, como vive un pez en el Océano, y sabe que fuera de esa atmósfera, moriría o degeneraría.

Porque, además, *ama al Sol*, y siente que *sin él*, no sería feliz, no alcanzaría paz.

Porque, aún, siente que es *su deber* an-

dar el camino que le trazó Uno que alumbraba más que el Sol; y de Quien el Sol, es sólo imagen.

Porque, en fin, imponderablemente más que el hombre, Telus comprende y *hace* lo que es amor, y es belleza y es deber.

Porque, bienaventuradas y alabadas sean ella y la rosa!... también Ella *vive* el deber, y la belleza, y el amor!...

ALBERTO MASFERRER

Viernes Santo

El sol de Abril aun es ardiente y bueno y el surco, de la espera, resplandece; pero hoy no llenes l'ansia de su seno, porque Jesús padece.

No remuevas la tierra. Deja, mansa, la mano en el arado; echa las mieses cuando ya nos devuelvan la esperanza, que aun Jesús padece.

Ya sudó sangre bajo los olivos, y oyó al que amó que lo negó tres veces. Mas, rebelde de amor, tiene aun latidos, ¡aun padece!

Porque tú, labrador, siembras odiando, y yo tengo rencor cuando anochece; y un niño hoy va como un hombre llorando, Jesús padece.

Está sobre el madero todavía y sed tremenda el labio le estremece. ¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría, porque Jesús padece!

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Suscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires